
Felipe Teixidor y Monna Alfau*

Miguel León Portilla

Querido Toño**:

Quiero dedicarte estas palabras pensando en don Felipe y en Monna, precisamente ahora que se cumplen cien años del nacimiento de tu padre.

Don Felipe fue un hombre universal. Nació en Barcelona, ciudad ya de por sí bastante universal. Siendo muy joven se fue a París —creo que huelga decir si es universal o no—. Ahí conoció a una serie de figuras que alcanzaron también renombre universal: Juan Gris, Diego Rivera y otros muchos. Estudió dibujo en la Academia del maestro Bourdelle, y se abrió al mundo don Felipe. Cuando más tarde tuvo por compañera, amiga y colaboradora a Monna Alfau, se enriqueció otra vez más; porque Monna era también un espíritu universal; había esta-

*N. del Ed.: Esta versión es una transcripción.

**N. del Ed.: Se trata de Antonio Teixidor Alfau, presente en la mesa redonda.

do en España, en Santo Domingo, en Nueva York. Y finalmente estos dos espíritus universales se encontraron en México para enriquecer nuestra cultura con ese legado universal, y también para enriquecer al mundo con el legado de nuestra propia cultura.

Ya se ha dicho, se ha hablado de Monna, como lo ha hecho muy bien mi querida amiga Lupita Pérez San Vicente y se ha hablado por parte de Clementina acerca de don Felipe, después de escuchar las palabras introductorias tanto de Patricia como del doctor Zavala. Yo quiero simplemente traer al corazón, que eso es recordar, algo de lo que fue mi experiencia en contacto con don Felipe.

Lo conocí hacia 1956 en circunstancias curiosas que no puedo menos que recordar. Acababa de salir la edición de *La historia de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, preparada por mi maestro, el padre Ángel María Garibay. Los Porrúa hacían un banquete; creo que en el restaurant Ambassadeurs, con una serie de personas: creo que estaba Clemen —no estoy seguro—, también Justino Fernández, ¡varias personas! Entre ellas había un personaje, que por las razones que voy a dar, no es necesario que mencione su nombre. Este personaje laboraba en un instituto de la Universidad —tampoco digo cuál, porque daría pistas—, y había visto en la mesa de Justino Fernández lo que había sido mi tesis con el padre Garibay: *La filosofía náhuatl*. Este personaje tan distinguido, cuando vio ese libro, dijo: "¡Vaya, vaya! ¡Lo último que nos faltaba era que creyeran que los indios pensaban!". Así dijo.

El padre Garibay supo de esta historia y justamente en esa comida estaba ahí don Felipe hablando con él y le dijo —el padre—: "¡Venga, venga, Felipe!". Y me llamó a mí y me llevó con el personaje en cuestión y le dijo: "Le voy a presentar a usted a un idiota". Y el idiota era yo. El otro señor, claro, se perturbó, y le dijo el padre: "Fíjese que este señor es tan idiota, ¡que cree que los indios piensan!". Entonces el otro, muy perturbado, dijo: "Yo de los indios, la verdad, no sé nada". Y Garibay se lo quedó viendo con su mirada de fuego, y le dijo: "Cuando uno no sabe de algo ¡se calla, mejor!". Don Felipe oyó todo eso y me dijo: "A ver, visítame usted en la casa Porrúa, a ver si le publicamos algo". O sea que reaccionó favorablemente frente al idiota.

Así conocí a don Felipe. Después, con mayor frecuencia lo visité, porque conocía yo bastante a Justino Fernández, quien era entonces director del Instituto de Investigaciones Estéticas. Acababa de publi-

car un poco antes su famoso libro *Cuatlicue: estética del arte indígena antiguo*. El tenía relación con los Porrúa porque le habían editado ellos una obra sobre Orozco; después publicó su *Arte Mexicano* en general —que abarca varios periodos—; había hecho prólogos, muchos trabajos para la casa Porrúa.

Un día me dijo Justino Fernández: "¿Sabe usted que don Felipe y Monna lo invitan, por mi conducto, a sus tertulias?". —Esto de que "toca y no toca", y tocaba esa vez la reunión y cena—. Fue en 1960, o sea cuatro años después de la otra pequeña anécdota. Fui a su casa. Aquello era una maravilla. Llegaba uno, subía una escalera —recordarás Toño—; primero entrábamos a un salón, a la biblioteca principal, subíamos enseguida, pasábamos finalmente a la sala capitular —la llamábamos así porque tenía sus sillones y una imagen de la Virgen de Guadalupe—. Éramos, al principio, los recién llegados, pero más tarde ya casi los habituales: Justino Fernández, Clementina, a veces también Lupita, venían también los Bernal, Nacho y Sofía, Javier Moisés y otros muchos más. Pero como lo decía hace un momento Clementina, en esas tertulias también había, diríamos, para no salir del tema, novedades de librería. Por ejemplo, podía ser una novedad muy grande el que estuviera con nosotros el gran Marcel Bataillon, o Manuel Álvarez, lingüista, o aquel padre Bochenski, polaco, filósofo, o el padre gallego Rocaful, otro transterrado que también contribuyó mucho a la cultura de México.

Y después venía la cena espléndida: Monna era tan generosa con su tiempo, con su pensamiento, con sus ideas, con su trabajo, como maravillosa en el arte culinario. Esas eran las tertulias. Realmente, desde entonces, nuestra amistad, la de Ascensión, mi esposa, y yo con los Teixidor creció muchísimo. Nos veíamos con frecuencia, conversábamos sobre libros. Tiempo después, a instancias de don Felipe y de don José Antonio Pérez Porrúa, empecé a hacer algunas colaboraciones para la casa editorial de los Porrúa que, en buena parte, con el entusiasmo de don Felipe —como se ha dicho y creo que siempre será poco decirlo—, ha contribuido de gran manera a la difusión de la cultura universal en México y a la difusión de la cultura mexicana en el mundo.

Hoy, su bien conocida serie de "Sepan Cuantos..." —que parecería anunciar el pregonero—, tiene ya más de seiscientos volúmenes, y la Biblioteca Porrúa, que inició Garibay con su magna obra *Historia de la literatura náhuatl*, pasa de cien volúmenes. Finalmente, es una

contribución extraordinaria el *Diccionario Porrúa* que se ha mencionado, y del cual fue primer director el padre Garibay y, a su muerte, le continuó don Felipe y después yo he tenido el privilegio de sucederles en la edición quinta y sexta. En el fondo fue una idea de don Felipe, realmente abierto con esa curiosidad que se ha dicho. Estábamos en su casa conversando, por ejemplo, vamos a decir, de Guillermo Prieto... inmediatamente se levantaba, sacaba tres libros, enseñaba fotografías, ilustraba. Era admirable.

No quiero extenderme. Podría decir mucho de don Felipe. Verdaderamente es una figura imborrable, que ha dejado gran huella en México. Don Felipe publicó y escribió muchas cosas, como bibliógrafo, como interesado en los viajeros que venían a nuestra tierra, entre ellos sobre la señora Calderón de la Barca, que no era viajera sino esposa del embajador de España y quien y nos reveló muchos aspectos menos conocidos de nuestra cultura. Pero, antes de terminar, aquí tengo una cierta presencia de don Felipe, que es una carta ológrafa de él; la he querido traer porque pienso —en vez de leer alguno de sus escritos— que teniéndola en mis manos, de alguna manera nos acercamos a don Felipe. La escribió el 15 de abril de 1980, cuando estaba yo dando un curso en la Universidad de Arizona, y me dice:

Muy estimado Miguel:

Va un recorte de Excélsior del día de hoy (era un recorte en que se hablaba de un trabajo de él). ¿No les han llegado rumores y noticias de nuestros males iniciados a principios de febrero? Pues los buenos amigos están en las verdes y en las maduras. Les diré de cómo fuimos apaleados por los espíritus malignos. Debuté con serias molestias respiratorias que me llevaron una vez más al Sanatorio Español. Todo se agravó con la total imposibilidad de dormir, a pesar de tranquilizantes y demás barbitúricos. Monna tuvo que irse a casa por un fuerte catarro y fiebre y quedéme con Toño, el hijo más bueno del mundo. (—Toño: me da mucho gusto podértelo decir, y aquí está la letra de tu padre.—) A los tres días de haberme dado de alta y ya en casa, Monna se enredó con los cables del teléfono y al caerse se fracturó la cadera. No pudimos levantarla

del suelo por los terribles dolores de la fractura, hasta que llegó la ambulancia para llevarla también al Sanatorio Español. Operada por el cirujano Leonardo Zamudio, mago de la ortopedia, a los cuarenta y tantos días de la operación deambulaba por la casa con un bastón. Pero volví a tener mayores complicaciones pulmonares con la consecuencia de más médicos, más antibióticos, etcétera, que me dejaron hecho papilla. Para resumir, la más dura y difícil convalecencia a lo largo de nuestros larguísimo años. Vamos superando todo, a Dios gracias, con lentitud y paciencia; mas todo lleva su reverso y a solicitud de los amigos, no creíamos que eran tantos, entre ellos ustedes que han de leer estas deshilvanadas líneas con el calor de su amistad tan correspondida por los suyos.

Felipe y Monna

Es muy grato poder recordar esto, y al traerlo a la memoria quiero concluir, volviendo a insistir: don Felipe, que de tantas formas estuvo presente en la vida mexicana —para dar un ejemplo, él colaboró con el general Cárdenas, trabajó con el señor Buenrostro en Petróleos Mexicanos, también colaboró como administrador de la revista *Contemporáneos* con don Jaime Torres Bodet, se vinculó con la crema de la intelectualidad y con las figuras destacadas de la época, pero vinculándose para contribuir con su trabajo, no para pavonearse, sigue presente entre nosotros. Aquí está su hijo, sus libros están en la Biblioteca México, allá en la Ciudadela, y ahora quedan aquí muchos testimonios de su presencia que con gran cariño Patricia Galeana reúne y exhibe aquí, donde está, como decía don Silvio, la memoria de México.

Don Felipe fue un catalán, era chuetá. Chuetá quiere decir judeo. Fijense, los apellidos de sus padres lo comprueban, se llamaba su padre Teixidor Shalabarber y su madre Josefa Benach Junqué. Y él lo decía: —aquellos chuetas de las Baleares, de Mallorca y Menorca—. Pero era también catalán, y era español, y era mexicano, mexicanísimo, y era universal.

¡Qué hermoso que nos hayamos reunido a cien años de su nacimiento para destacar que hay hombres como él y como su mujer que, viniendo de más allá del mar, enriquecen sobremanera lo que es nuestra cultura patria!